



La biblioteca.

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito para expresarla su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el fiendo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos, por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron, como misión suprema, la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la biblioteca popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo, hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es dar casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, y que cayendo en tierras extrañas, fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir así un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Doscientas bibliotecas, desde Quilmes hasta Humahuaca, han nacido ya bajo los auspicios de la «Ley Nacional», demostrando que no es perdida entre nosotros la invocación que se hace a los sentimientos generosos.

Difundamos su conocimiento, hagámonos sus ejecutores y sus agentes; y el llamamiento permanente consignado en la ley y la cooperación ofrecida a los que quieran promover el adelanto intelectual de su país con la difusión de buenos libros, imprimirán una nueva dirección a la caridad pública, haciendo brotar ese raudal perenne de la beneficencia y del patriotismo que en la Unión Americana dota los establecimientos de enseñanza, funda bibliotecas populares y derrama a millones páginas impresas, para que se dispersen por su pueblo y por el mundo, como nuncios de la verdad que pertenece a todos los hombres.

Por qué no se suscitaban también entre nosotros esas asociaciones que, apellidándose con el nombre glorioso de Franklin, han creado las librerías de distrito en los Estados-Unidos y que hoy se propagan rápidamente por la Francia?

LA LECTURA.

II

Quando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy dispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es, sobre todo, asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer un acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal, y puede decir, como el hombre de Terencio, que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¡qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vie-

nen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

Rioja ha podido decir así con simplicidad tocante:

«Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño leve
Que no perturben deudas ni pesares.»

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma, y Montesquieu ha escrito en sus pensamientos que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.

Hé ahí a un hombre que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época ó de su siglo. ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? La biblioteca de la aldea contiene sus libros, y no habrán pasado las veledas largas de este invierno sin que yo sepa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre y lo que Humboldt enseñó sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipan; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino incierto al través de las sombras del espíritu ó de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Quando puedo sustraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi sér.—Vuelvo a ser joven.—Lo que pasó, está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine ó de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que delecta el niño, es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal.—Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores; antes que vayamos, con perjuicio nuestro y de los otros, a convertirnos en nuevos actos.

Buenos-Aires.

N. AVELLANEDA.

Lo que dice el silencio.

A M.

Quando mengua de Abril tarde tranquila y en el seno del bosque se destila dudosa claridad, la calma de que el bosque se reviste tiene un lenguaje para el alma triste que ama la soledad.

Habían también las ruinas polvorientas tapizadas de hierbas macilentas con elocuente voz: en silencio hablan de algo que no muere, de algo que de los siglos nunca hiere la corriente veloz.

Al dulce abrigo del materno seno duerme el infante cándido, aún ajeno al humano sufrir, y escuchase en su sueño silencioso, entre besos y cánticos, gozoso su espíritu reir.

En vano en el silencio se promete de calma disfrutar el que comete abominable acción.

Aunque el labio emudezca, atronadora su calma turbará y acusadora la voz de su razón.

Frases de melancólico misterio turban del apacible cementerio el silencio tenaz; por sus mármóreos túmulos cubiertos, el eterno silencio de los muertos es un himno a la paz.

Los astros que en el éter balancean las encendidas frentes que chispean volando sin rumor, los unos a los otros se eslabonan, y el ¡Ave!... sacro a la grandeza entonan del Supremo Hacedor.

Yo escuché, como tú, la voz que muda respondió en el silencio a alguna duda y la duda alejó. Y lo que al alma dicen muchas cosas para el oído humano silenciosas, lo sabemos tú y yo.

Pero cuando ante el mundo indiferente de la mirada con la luz ardiente nos hablamos los dos, cuando en silencio el corazón estalla, lo que dice mi espíritu que calla, eso... ¡sábelo Dios!

RICARDO GIL.

Pascal y el Jansenismo.

En nuestros artículos sobre el Jansenismo literario, hemos juzgado a la docta y severa escuela que fué la primera en aplicar a las lenguas y a las gramáticas un método filosófico, un método general y lógico. Si grande fué el provecho literario que produjo el Jansenismo, no lo fué menos el moral; el principio que se destaca de los honestos caracteres, es de autoridad. Esta autoridad moral que se sentía en todos los personajes del tiempo de Luis XIV, era, singularmente, propia de los adeptos de Port-Royal. Esta virtud tan extraña a los grandes talentos, la admiración por este notable carácter ha hecho exclamar a un hombre que ha sido como el Despraux filosófico de nuestra edad, y cuya palabra, agradablemente sentenciosa, adquiere la forma y el valor del oráculo.

Royer-Collard ha exclamado: «Quien no conoce a Port-Royal no conoce la humanidad». Unese a la autoridad la austeridad, moderación rigurosa de todos los deseos, de todas las aspiraciones, en un siglo que practicaba lo contrario en una turbulenta insensata apoteosis. Teológicamente, tuvo Port-Royal el más grande valor. En su espíritu fundamental, en el que supieron inspirarle su madre Angélica y Saint-Cyran, constituyó una reforma en Francia, una implícita tentativa de implantar, sin romper la unidad, la primitiva santidad de la Iglesia, la estrecha práctica que aconsejan las Santas Escrituras y los Santos Padres, un deseo formal de reparar y mantener la ciencia, la inteligencia y la gracia. La tentativa fracasó, y la Iglesia católica romana, no sólo opuso obstáculos a todo lo que a ello se dirigía, sino que apeló a toda su propia fuerza para mantener la unidad y la fidelidad.

Tal fué el medio en que se formó Pascal. La teología del Jansenismo fué la suya, y con ésta la elevación moral y la fuerza. Pascal con Jansenius y Saint-Cyran quisieron detener en la pendiente tan antigua y casi universal en que se precipitaban los espíritus.

Las doctrinas del Pelagismo, más ó menos absolutas, habían invadido insensiblemente la Iglesia y constituían el fondo del cristianismo enseñado. Las doctrinas que, apoderándose en la bondad del Padre y del Hijo, tendían a colocar en la voluntad y libertad del hombre el principio de su justicia y de su salvación, les parecían conducían por necesidad a desastrosas consecuencias. Ampliar algo la libertad, como hacía Pelagio, y la redención desaparece.

Pascal, por su genio, y los otros dos por su penetración puramente teológica, poseyeron el sentimiento profundo y lúcido del punto capital que constituía el gran peligro; ellos le poseyeron más que otro alguno antes y después, en los años subsiguientes, aún superior a Bossuet y Fénelon.

No ya bajo el punto de vista teológico, sino bajo el de constitución civil y religiosa, las autoridades de Port-Royal con Pascal tendían evidentemente a una forma más libre. Las dignidades eclesiásticas elegidas hubieran constituido un poder medio, casi independiente de la absorbería Roma. Era la religión que adoptaron el ensayo anticipado de un tercer Estado superior gobernando por sí mismo la Iglesia; una religión, no ya romana, ni aristocrática, sino libre y exenta de imágenes y espléndidas ceremonias; más libre también en lo temporal, religión sobria, austera, independiente, que hubiera constituido una reforma galicana. Se ha dicho que en el siglo XVI, el protestantismo en Francia fué una tentativa de la aristocracia, que se manifestaba contraria al reinado de San Luis y popular a la vez; se puede decir también que, en el siglo XVII, la tentativa de Pascal, Jansenius y Saint-Cyran,

fué un segundo acto para crear un Estado medio de organización religiosa en la clase media acomodada; de aquella que, bajo la Liga, era más ó menos del partido de los políticos.

No eran necesarias estas circunstancias para dar vuelo al genio filosófico de Pascal, de extraordinario espíritu y facultad de investigación profunda.

Estas grandes y ardientes facultades especiales unense a una fuerza de voluntad inquebrantable con que dirigía y acomodaba su potencia investigadora. Interrumpió Pascal, como escritor, el estilo que desde los Arnauld podía distinguirse con el epíteto de familia. Leyendo sus *Provinciales* se encuentran mil rasgos conocidos y cien veces imitados ó reproducidos, cien veces citados. Estos rasgos de Pascal, como los versos de Boileau, han constituido proverbios. El insigne Voltaire, en su siglo de Luis XIV, declara «que el primer libro de genio que se ve en prosa, fueron las *Cartas provinciales*».

Es necesario referir a esta época la fijeza de la lengua francesa, pues ni una sola palabra ha experimentado cambio alguno en los adelantos posteriores del idioma. Desde la primera carta aparece el Pascal literato.

JULIAN DE LA REGUERA.

Ensayos de crítica médica.

Artritis fungosa.—Tumor blanco.

POR EL DR. L. GOSSELIN.

Vamos a examinar detenidamente la historia que refiere el doctor L. Gosselin, en su tratado de *Clinica quirúrgica del Hotel Dieu de Paris*. Prescindimos para ello de si en la misma se omiten estas ó aquellas circunstancias del enfermo y de su familia, indispensables para que al médico le sea factible evaluar la intensidad de la dolencia; hacemos también caso omiso del curso, terminación y pronóstico de la misma, que consigna el célebre clínico francés, porque ya nos ocuparemos de estos extremos al proponernos el ensayo crítico de un caso análogo del doctor Dupuytren; sólo reducirémos nuestras observaciones a analizar los medios terapéuticos que se prescriben en la citada narración, y a exponer si están ó no indicados, ó tienen ó no eficacia suficiente para eliminar el padecimiento del organismo humano que se trata de combatir.

Extractamos dicha historia para reducir en lo posible las proporciones de este artículo; pero sin omitir por ello todo lo sustancial que en la misma se comprende.

Artritis fungosa, tumor blanco.

«N., de 20 años de edad, zapatero, tiene há próximamente un año la rodilla hinchada, sin haberse puesto en cura hasta el día. Hace una semana que, después de caminar más de lo que era de costumbre, se le han aumentado los dolores, no puede andar, y esto le ha obligado a entrar en el hospital.»

Es dicho individuo bajo de estatura, imberbe, pálido; en la infancia ha sido enfermizo, y ha tenido muchas veces inflamados los ojos, le han supurado los oídos y ha padecido de reuma. Su padre vive aún; la madre murió, según él cree, de una enfermedad del pecho; tiene dos hermanas, que dice que están buenas; pero ha perdido dos hermanos, el uno de corta edad y el otro de diez y ocho años. Su constitución es linfática, sus antecedentes y los de su familia anuncian una predisposición a la tisis tuberculosa.

(Aquí se describen los síntomas físicos y funcionales de la rodilla.)

Diagnóstico anatómico.—Artritis crónica, porque data de un año, con inflamación subaguda.

Diagnóstico etiológico.—La sinovial de la rodilla se hace fungosa bajo la influencia de la gran causa general que llaman escrófula, la misma que da principio a la tuberculosis, ya sea ganglionar, ya pulmonar.

Curso, terminación.—Podrá ser la tuberculosis, ó si se llena la cavidad de pus, podrá sobrevenir la infección pútrida. La amputación del muslo ó la resección serán el único recurso para preservar al enfermo de una ó otra de dichas terminaciones; sin embargo, si fuese más joven, si fuese un niño ó estuviese en mejores condiciones higiénicas, resultaría una an-

quilosis; pero no debe conñar en este resultado.

Pronóstico.—Grave enfermedad de larga duración con tendencia a la supuración, y que si se conduce casi inevitablemente a dejar suprimida la articulación, ya termine por el estado héctico y amenace con la muerte después de haber llevado a efecto una mutilación necesaria, ya se establezca la anquilosis. Enfermedad que amenaza terminar uno ú otro día con tuberculosis pulmonar.

Tratamiento.—Reposo en gotiera de alambre; cataplasmas simples ó laudanizadas; después, compresión.

Tratamiento general.—Todos los tónicos aceite de hígado de bacalao, jarabe anti-escorbútico iodurado, vino de quina, los ferruginosos, los alimentos fortificantes, el ejercicio moderado.

Si el enfermo no fuese pobre, añadiríamos a estos recursos la permanencia en el campo, los baños de mar, las aguas termales bromuradas y ioduradas, etc.

Esta historia da motivo al doctor Gosselin para detallar con mano maestra todos los accidentes de la marcha de la enfermedad, describiendo el principio de la lesión local y pronosticando la terminación que ha de tener. Pero estos conocimientos, por los que ha conquistado su reputación, no son bastante para ocultar ciertos lunares que se advierten en este caso clínico, referentes al tratamiento que adopta para combatir dicha lesión. A ellos, pues, tenemos que referir nuestro juicio crítico, porque ellos son precisamente la parte esencial que necesita conocer el médico para alcanzar el mejor resultado en el arte de curar. Lo accidental es la descripción de la enfermedad, las fases que puede ofrecer, la marcha que ha de seguir, la terminación que ha de tener; todo esto se aprende en multitud de obras escritas; y no se necesita más que aplicación y memoria para saber repetir estos conocimientos.

Dice el mismo Gosselin que «en cirugía, como en todo arte, saber no es todo, es preciso saber hacer». Esto mismo decimos nosotros: saber medicina, conocer lo que otros han dicho, no es el todo; es indispensable crear, curar enfermos. Así, lo esencial en este caso clínico, tanto para el médico como para el enfermo y la sociedad, es que se adopte para combatir la dolencia una medicación eficaz que aminore paulatinamente el sufrimiento del enfermo y prolongue la vida cuanto lo permite la naturaleza humana. Si esto no se hace, no hay más que ser francos y confesar que no se sabe hacer.

El tratamiento lo divide dicho reputado profesor en local y general. En el tratamiento local se ordenan las cataplasmas y la compresión. Las primeras estarían indicadas en el caso en que el proceso fuese de naturaleza esencialmente tórpida, para producir una excitación moderada en la parte; pero en el caso presente, que la enfermedad reviste un carácter subagudo, las consideramos más perjudiciales que útiles al conseguimiento del fin, toda vez que con ellas se aumenta la relajación de los tejidos sobre los que se aplican, dejándolos así accesibles a ser invadidos por mayor cantidad de principio morbífico.

La compresión de la parte afecta puede llevarse a cabo con dos objetos: para conseguir que se reabsorban los materiales líquidos intraarticulares, ó bien para evitar el afuajo de los mismos. Nos parece que el efecto que produce semejante medio no es posible que alcance a las partes profundas, el exudante que está depositado en la bolsa sinovial, porque se opone a ello la anatomía, la forma de la región. Pero supongamos que obrase la compresión sobre la bolsa sinovial: ¿se conseguiría algún resultado? ¿Pero no afirma Gosselin en la historia trascrita que los fúngus de la sinovial proceden de la influencia que sobre ella ejerce la gran causa general que se llama escrófula? Y si la causa es general, ¿cómo se pretende reabsorber la parte que se ha acumulado en la articulación de la rodilla? Y si esto se consiguiese por medio de la compresión, ¿no volvería a ser afectada apenas se levantase el vendaje compresivo? ¿No quedaba en pie la causa, y vulnerable la sinovial?

Seguramente el profesor se propuso con estos medios locales auxiliar el tratamiento general; pero conocido el efecto que producen, el cual es completamente nulo,

No es posible que satisfagan en manera alguna á indicación determinada, pues con ellos no se aminora en lo más pequeño la causa general, la escrofulosis. Sólo el reposo de la parte enferma coadyuva eficazmente á disminuir el sufrimiento del paciente, por cuanto suspende el juego articular y la irritación que produce el roce en superficies anormales.

En el número siguiente nos ocuparemos de los agentes que propone el doctor Gosselin para corregir el estado general del enfermo, esto es, para curar las escrofulas.

J. A. CANTERO.

La caza fantástica.

De tres maneras se pueden saborear los placeres de la caza: en el campo, en el plato y en el libro. Yo no los he gustado en el campo, porque nunca he sido cazador; en la mesa me distraigo y apenas pienso en lo que me presentan; pero en el libro, ó por mejor decir, en los libros, confieso que soy y he sido uno de los cazadores que han andado más camino con su imaginación y han dado más vigoroso impulso á su fantasía.

Bajo este punto de vista, mi vocación de cazador fantástico se pierde en la noche de los tiempos, y es prehistórica; empieza en la mitología y en las divinidades del Olimpo, convertidas en animales, por un capricho de su omnipotencia. Desde Júpiter, disfrazado de toro para enamorar á Europa, y luego de cisne para seducir á Leda; desde Hércules, cuyos trabajos, entre otros, fueron dar muerte á un león, á un jabalí, á una hidra y á un toro, y cazar viva á la cierva de Diana; trabajos casi todos que pueden figurar en una *Ilustración Venatoria*, es preciso convenir en que los portentos y las maravillas de la caza arrancan de los tiempos fabulosos, mucho antes de que Esopo y Fedro hicieran hablar á los animales para dar lecciones de moral á los hombres, y para enseñar la punta del estilete á los vicios de la humanidad.

Sepamos con qué derecho se puede negar á Hércules el primer puesto entre los cazadores del mundo; á Hércules, que se coloca frente á frente del león de Nemea, y no pudiendo aplastarlo con su clava, ni traspasarle con sus flechas, lucha con él á brazo partido, y acaba por ahogarlo. Esto parecerá á muchos imposible, y más cuando les digan que el león cayó de la Luna, y que en la actualidad es una de las constelaciones celestes; pero es el caso que, según cuenta la historia, algún tiempo después, en la misma Grecia, habiendo condenado Alejandro el Grande á Lisimaco, general macedonio, á ser devorado en el circo por la fieras, el sentenciado le presentó á un león furioso el brazo derecho, envuelto en su túnica, y cogiéndolo vigorosamente por la lengua, lo arrojó moribundo á sus pies. No hay que decir que, en vista de esta proeza, Alejandro perdonó á Lisimaco, que se portó como un valiente y mereció también el título de gran cazador.

Otro, de los trabajos de Hércules fué el de coger vivo al jabalí de Erimanto, que es un monte del Peloponeso, situado en la pastoril Arcadia. No se sabe que el semidiós tuviese á su disposición perros de caza que le ayudasen en la batida, si el jabalí estaba en el tiempo del celo, cuando todos los de su especie dedican justos treinta días al amor conyugal. El hecho es que, amarrando por sus cuatro remos al jabalí, lo cargó sobre sus espaldas, como la nodriza lleva el cuávano, y se presentó victorioso ante el cobarde Euristeo.

Pero ya que hablo de la caza del jabalí en el terreno de la fábula, cuyos linderos tocan y casi se confunden con los de la poesía, séame lícito recordar un paseo de la *Odisea* y cederle la palabra al mismísimo Homero. Aquí el cazador es Ulises, que, en sus mocedades, antes de la guerra de Troya, se entretenía de esta suerte en el monte Parnaso, adonde más tarde hizo un viaje Cervantes.

El poeta griego dice: «Apénas se levanta la aurora coronada de rosas, el hijo de Autólico y una jauría numerosa parten para una gran cacería; el noble Ulises los acompaña; suben al alto Parnaso, cubierto de espesos bosques, y bien pronto llegan á los caminos cóncavos, cortados en la cima, donde silban los vientos. Cuando el sol, saliendo del profundo seno del apacible mar, derramaba vivamente sus nuevos rayos sobre los campos, llegaron los cazadores á un valle en que los perros se sintieron atraídos por las huellas de un animal feroz; el hijo de Autólico los seguía de cerca, y Ulises, lleno de ardor, animaba á la jauría blandiendo un largo vena-

blo. Estaba allí echado un enorme jabalí en la espesura de unas breñas, tan impenetrables al soplo de los húmedos vientos como á los rayos más ardientes del astro del día, y á los torrentes precipitados del cielo con la mayor impetuosidad; un gran montón de hojas cubría la tierra.

La carrera de los cazadores y el tumulto de la alborotada jauría resonaron en los oídos del animal, y de repente, lanzándose fuera del antro, se presenta delante de ellos, erizando los terribles erines de su cabeza, con los ojos vomitando fuego. El joven Ulises, el primero, enristrando su lanza con poderoso brazo, se arroja sobre él impaciente por herirle; pero el jabalí, embistiendo de costado, le alcanza debajo de la rodilla, y sin penetrarle hasta el hueso, le causa una profunda herida. Ulises entonces le asesta su lanza á un sitio mortal, la hunde con firme brazo en la espalda del jabalí, que cae en el polvo dando un espantoso bramido, y espira. El hijo de Autólico se apresura á dispensar sus cuidados á Ulises, cubriendo la herida del joven héroe con un vendaje, según las reglas del arte, detiene la sangre, que corre como un torrente de púrpura, con el secreto de ciertos cánticos mágicos, y lo conduce precipitadamente al palacio de su padre.»

Hasta aquí el cantor de la *Odisea* y de la *Ilíada*; y como se ve, por entonces el arte venatorio se encontraba en su infancia; y un hombre tan sabio como Ulises tuvo una *cogida*, como ahora se dice en términos tauromáquicos. También es bastante sensible que el gran poeta griego no nos revelase el secreto de esos cantos mágicos que restañan la sangre de las heridas. La humanidad doliente, los hermanos de la *Cruz Roja* en general, y los cazadores en particular, le habrían agradecido mucho el descubrimiento; así como al decir que la espalda es el sitio más seguro para matar al jabalí, dijo una gran verdad.

El toro y la cierva, aunque ésta sea la misma de Diana, que tenía las astas de oro y los pies de bronce, para no lastimarse, son fáciles de cazar; y esto lo saben desde Rodrigo de Vivar hasta el último montero. Así es que Hércules salió de estos trabajos con la facilidad que Lope de Vega de los catorce versos de un soneto. Lo que ya no parece tan sencillo es cazar y vencer á una hidra, á la hidra de Lerna, que tenía siete cabezas que se reproducían á medida que el valiente cazador las cortaba con una hoz de oro, hasta que discutió quemarlas, por consejo de Minerva, cesando los horribles estragos que causaba.

Este es un caso raro y algo disparatado, que no puede ocurrirle á ningún cazador de nuestro tiempo; pero aquella hidra era inmortal, y se trasladó al cielo, y hoy es una constelación que se cierne sobre nuestras cabezas, y tal vez influye en los destinos de la mísera humanidad.

¡Oh casta Diana, diosa de los cazadores! Tú que iluminas las selvas y riges el curso de la Luna; tú que con la aljaba pendiente del hombro y llevando en la mano el arco y las flechas, probablemente los llevarás con algún objeto, haz que no se nos caigan encima los signos del Zodiaco que representan las victorias de Hércules. No te distraigas con Endimion, dejándonos, como una aventurera, en el más cruel abandono. Haz también que luches entre sí los animales antipáticos, que el tigre clave sus garras en los ojos del cocodrilo, y el cocodrilo ahogue al tigre, pues cuando se hayan perdido las dos especies, nos pasaremos más tranquilos por el hermoso río de las Amazonas.

Casto Diana, que no tuviste de Endimion más que cincuenta hijos, haz asimismo... Pero no, no hagas nada, porque para cazar al cocodrilo siempre tendremos un negro que le meta una bayoneta atravesada en la boca, de suerte que no la pueda cerrar, y para cazar al tigre no nos han de faltar una lanza, una escopeta ó un foso cubierto de hierba, donde un pedazo de carne le haga caer.

De caza sabemos mucho. Vendrá un tiempo, que quizás no está muy lejano, en que se cae en globo, alcanzando al águila en su más alto vuelo y cayendo sobre el elefante dormido en el desierto; pero esto será menos fantástico que las cacerías aéreas de que nos hablan ciertas leyendas, en que las almas de los héroes, acompañadas de las Walkirias, se dedican á perseguir los espíritus de los leopardos, de las hienas y de los chacales, que desenterrarán los cadáveres para devorarlos. Aquí es preciso cerrar los ojos y soñar despiertos, como si el delirio de la caza hubiera trastornado nuestra razón.

Estos pavorosos encuentros, librados por el heroísmo y por la hermosura juntamente,

contra los más abominables y espantosos instintos, necesitan como campo de batalla, un cielo tempestuoso, una noche oscura, un estremecimiento de la naturaleza, semejante al estallido de cien volcanes, el infierno de Dante, poblado de bestias feroces; cuanto la imaginación del poeta es capaz de concebir en sus mayores extravíos. Aristóteles, Plinio y Buffon describieron tranquilamente las propiedades y las costumbres de los animales domésticos y salvajes; mas para describir esos combates de espíritus en el espacio, se necesita sentir como Byron ó soñar como Schiller ó como Goethe.

GABRIEL ESTRELLA.

Los pies.

Un artículo sobre las manos nos lleva como de la mano á otro sobre los pies. Y no han de sufrir éstos seguramente en la comparación; que títulos presentan para merecer distinción tan honrosa, y aun acaso para elevarse muchos pies sobre aquéllas; cosa extraña en verdad y paradójica, pero que dejará de parecerlo tal recordando el ejemplo de los volatineros cuando andan con las patas arriba.

¿En qué pueden funder las manos, literariamente considerada la cuestión, su superioridad sobre los pies? Si hay hombres largos de manos, hay también toros de muchos pies; á la célebre *mano de gato* pueden oponerse los famosos *pies de plomo*, y más que tener buena mano vale caer en gracia ó caer de pie.

Además, el recuerdo de los pies métricos y de los pies quebrados y forzados, les daría derecho á un lugar en una revista literaria.

No son, pues, los pies sólo para tirados por los suelos, y nadie ha de extrañar que nosotros tomemos de ellos pie para matar el tiempo con el presente artículo.

¿Matar el tiempo?... Mal he dicho; no es el tiempo cosa que se mata así como se quiere, y están los tiempos que corren bastante revueltos, y es mi carácter demasiado pacífico y bondadoso para que yo tenga deseos de meterme con nadie.

Salirme, por el contrario, de las redes que tienden unos pies diminutos, apretados y llenos, que pisan leve cuando andan como pájaros, ó que se descubren con coquetería bajo la fimbria de una falda de raso, presos entre unas botas imperiales, es lo que yo quisiera en ocasiones. Hay entonces en ellos cierto inexplicable atractivo, una elocuencia muda tan persuasiva, que casi siempre acaba un por decirles entre dientes:—Sí, señor, sí, somos de la misma opinión.

Y que existe en los pies esa elocuencia muda, como existe la fascinación en la serpiente, como existe el candor en la risa del niño, no hay necesidad de probarlo; basta recordar las apologías que los bailarines hacen á cada paso de su arte, al cual atribuyen; en su entusiasmo, tanta expresión por lo menos como á una ópera de Meyerbeer; basta recordar esos coloquios amorosos sostenidos de los pies por debajo de una mesa, cuyas palabras son una serie de descargas eléctricas producidas por el choque de dos electricidades encontradas; basta recordar que hay cosas escritas con los pies, lo cual, si no da una buena idea de lo escrito, habla muy alto en favor de mis apadrinados; y en fin, tal es la abundancia de datos con que pudiera confirmar lo dicho, que ni siquiera traigo á colación esos pisotones dados tan á tiempo sobre un ojo de pollo, en que el pie *contundidor* habla al otro con una elocuencia más contundente que la del mismísimo Demóstenes.

Solo que esta elocuencia, como todas las manifestaciones literarias y artísticas, varía según la diferente influencia de los climas y de los países; así, en el Norte, suele ser fría y de pocas palabras; en las italianas, dulce como los versos de sus poetas, en las españolas, picante como las guindillas y el sol de Andalucía; en las gallegas y asturianas, pesada y machacóna, y en las francesas, juanetuda y de pocas pantorrillas.

Es decir, que así como una pequeña colección de florecillas basta para recordarnos las flores diferentes, pudieran también los pies servir para indicarnos los diferentes países.

Y hé aquí cómo por sí solas van saliendo sus excelencias.

Estas son tantas, que no nos extrañan los extremos de aquel personaje de zarzuela, que bajaba de Cádiz al puerto de un salto sólo por verle la punta del pie á su adorado tormento.

Los naturalistas, comprendiendo también su importancia, aunque no bajo el punto de vista erótico que el personaje de

zarzuela, han tomado del pie pie para una serie de agrupaciones, tanto más importantes cuanto que vienen á ser la clave del complicado organismo de su ciencia.

De aquí esas clasificaciones de los animales en *bipedos*, *cuadrípedos*, *cefalópodos*, *circópodos*, *braquiópodos*, etc., y sabe Dios cuántas más. Ninguna, sin embargo, habla de *trípodos*, y eso que algunos no cesan de buscar *tres pies* al gato.

El hombre, que es un animal (no se asusten ustedes) *bipedo*, no se diferencia del caballo y del burro, verbigracia, según aquellas clasificaciones, más que por andar en dos pies. A muchos parecerá ofensivo á la dignidad humana colocarnos á tan corta distancia de los brutos; sin embargo, todo es relativo; en cambio, otros objetarán que hay hombres que sólo tienen de hombres lo animales, y que no andan á cuatro pies por misericordia divina. Por estos, sin duda, se dice *calzarse* las guantes, porque hay manos que parecen pies.

Este aprecio que los naturalistas hacen de los pies, debería bastarnos y aun sobranos para confesar su importancia bajo el punto de vista de la ciencia; pero si aún quisiéramos ver cuánta es aquélla en las necesidades de la vida, es decir, *sobre el terreno*, no hay más que preguntarlo al torero cuando en el redondeo se ve acasado por un bicho de muchos pies, al caminante que en un recodo es sorprendido por un hombre de manos largas, al revolucionario copado por una columna del gobierno, al novio á quien despiertan de sus ilusiones con cuatro garrotazos, al periodista que escapa de la partida de la porra, al contribuyente que huye de una junta de salvación y á cuantos en circunstancias parecidas no tienen más recurso que darse á los pies y poner pies en polvorosa.

Una pregunta parecida puede hacer á esos hombres obstinados y cabezudos, hombres de hierro, de carácter terco é inflexible, á quien nada apea de su burra cuando toman una determinación; es decir, que *ponen pies en pared* y casi siempre se salen con la suya. Sin embargo, este sistema, que debió tomarse de los gatos, por buenos resultados que dé, no siempre es aplicable; hay ciertos casos y asuntos delicados en que se debe andar con *pies de plomo*, ó de lo contrario se expone á no dar pie con bola.

Quede, pues, en pie que los pies son una gran cosa (sobre todo en los gallegos). Lo dicho hasta aquí es suficiente para dejarlo demostrado. Pero no nos dueñen prendas y aún hemos de acudir á otra serie de consideraciones.

¿Se trata de pies célebres, miembros ilustres que abonen lo rancio de su ilustre prosapia? Ahí están los de Aquiles el invulnerable, tan notables que á ellos refiere siempre Homero el epíteto de su héroe llamándole *ocus podas*, el ligero de pies; ahí los de Plauto, que debió este nombre, según dicen, á sus pies descumales; ahí los de Quevedo, á quien la tradición no se figura más que patizambo, diciendo desvergüenzas y haciendo versos con pie forzado; y ahí está, en fin, el caballo de Atila, que donde ponía los pies no brotaba hierba.

Pies famosos son todos ellos, y tanto, que ha llegado su fama hasta nosotros; pero aún el pueblo concibe otros más grandes, y son los *pieses*. Y es que el pueblo, en su lenguaje espontáneo y pintoresco, cuando halla una cosa que se sale de los comunes límites, no encuentra otro medio de expresarla que salirse él también de los plurales de la gramática; inventa barbarismos cuando quiere expresar barbaridades.

En ese lenguaje espontáneo y libre, lleno de tropos y de imágenes y hecho sin trabas y sin reglas por el tiempo y la gente, se ve también el aprecio que el pueblo hace de los pies. Los cuales tanta influencia, según él, ejercen en la vida, que de entrar con buen ó mal pie depende en muchos casos el resultado de una empresa.

Hay casos en que constituyen una fatalidad y llegan á tener mucha parte en el destino. Por ellos hay hombres que nacen con sino desgraciado. Por ejemplo, los cojos; porque que gen dónde ha de entrar un cojo con buen pie? Aperte de otra desventaja, no pequeños, y es que todo el mundo conoce á primera vista el pie de que cojea.

Pies hay que siempre son origen de dolores, como *pie de paliza*, y otros que son motivo de alegrías, como el *pie gibado* que bailaban nuestros abuelos del siglo XVIII.

Tienen además la propiedad de ocultar la insignificancia de un objeto, como cuando los portugueses dicen hablando de sus tropas: «Cuatrocentos peus de cavallo», y parece que tienen un ejército.

No pocas veces sirven para expresar lo

que no puede toda la riqueza del idioma. ¿Quereis pintar con una frase gráfica la ahogada situación en que os tienen una suegra, un primo y dos cuñadas que pesan sobre vuestras costillas? Decid que os comen por un pie, y no tenéis necesidad de más explicaciones.

No se concibe mayor extremo de humillación y de desprecio que estar á los pies de los caballos, ni hay negación más rotunda que la que se hace á *pies juntillas*. Dice Quevedo:

«y ella niega á *pies juntillas* lo que otorgó á *pies abiertos*».

Simple cuestión de pies, que nos demuestra que también por los pies suele el diablo meter la pata.

¿Cuántas veces no hemos querido tocar el cielo con las manos? Sin embargo, esto no pasa de un deseo, porque las manos no llegan tan alto. En cambio hay en los pies ojos de pollo capaces de hacer ver las estrellas.

Su importancia femenina se ve palmariamente en los saludos. A los hombres se les dice: «Beso á usted la mano»; á las señoras: «A los pies de usted». Y es porque, teniendo el pie, ya es muy fácil tomarse la mano; y sin duda por esto, un viejo verde, que estaba con un pie en la sepultura y aún tenía humor para erotismos, decía: Póngame usted á los pies de la señora... que yo me sabiré.

En suma: tal es la importancia de los pies, que apenas hay oficio, acto ni empresa de que el pueblo no les crea capaces. Los pies se dan (la generosidad es siempre una cualidad buena); se dan pies para versos, se dan traspies, y hasta puede darse un pie de paliza; los pies se toman, como un *tente-en-pie*; los pies se ponen... en polvorosa; los pies se estiran... más allá de la sibana; y por último, los pies también se salen (como los cueros), puesto que hay salidas de pie de banco.

Es decir, que de todo hacen y para todo sirven, cada uno en su círculo, se entienden. Porque los pies, como todo, se dividen en diferentes clases, y así hay *pie atrás* y *pie adelante*, *pies de plomo*, *pies quebrados*, *pies de usted*, *pedem litera*, *pies forzados*, *pies de paliza*, *pedibus andando* y *puntapiés*. Estos, como es de suponer, se guardan para las grandes ocasiones.

Hasta en las cosas de la iglesia desempeñan los pies un papel importante. Hay derechos de pie de altar.

Son, pues, de tantas clases y tantos los destinos que les da el pueblo, que apenas se concibe cosa alguna en que los pies no tomen parte. Para todo se necesita un pie, una base, y esto es lo primero que debe procurar el que quiera hacer hincapié en una cosa. Pero hay que advertir que tanto se peca por mucho como por poco, y que tan malo es sacar un *ciempiés* como hacer una cosa que no tenga *pies ni cabeza*.

El lector verá si peca por algunos de esos dos extremos el presente artículo, el cual pudiera haberse sustituido con esta sola consideración:

Si no hubiera pies, ¿qué sería de los zapateros?

A. BAQUERO ALMANSA.

El Mississippi.

Es éste uno de los ríos más notables del mundo por su largo curso, por el volumen de aguas que lleva y por las particularidades que ofrece. La cantidad de árboles que arranca durante sus crecidas de las márgenes que baña es verdaderamente extraordinaria. Los troncos de árboles obstruyen su navegación y la hacen en extremo peligrosa, y es cosa frecuente encontrar inmensas redes de árboles que desde la parte superior del río ó de sus afluentes prosiguen tranquilamente su marcha hacia el mar, donde van á perderse, ó en cuyas costas se estrellan. No se puede formar idea del número de metros cúbicos de madera que se entierran así en los fondos arenosos del mar en el espacio de un siglo.

En uno de los brazos del Mississippi existe una inmensa balsa de esta especie parada en su camino. Forma hoy una especie de barrica que crece de año en año con toda la madera que pasa por allí. Sus dimensiones, hace veinte años, eran de tres leguas y media de largo, con 600 metros de ancho y 8 de espesor.

Esta masa enorme procede de la leña y troncos de árbol acumulada en un solo brazo del Mississippi, en el intervalo de 38 años. Aunque no se mueve, está libre, sin embargo, como un inmenso barco anclado: sube ó baja, según la altura ó depresión de las aguas del río. Está cubierta del todo por la maleza y por plantas vivas y floridas, como los jardines flotantes con que los industrioses cochinchinos cubren las aguas encantadoras de sus lagos. «Esta masa, que aumenta de año en año, dice un naturalista, acabará sin duda por obstruir del todo el río, ó por irse á fondo ó por ser llevada á estrellarse contra la costa.»